



PREFACIO

EL artículo III del Tratado de París, que con la aprobación del Gobierno Provisional firmaron el 11 de Abril de 1814, por una parte, los plenipotenciarios de las potencias aliadas y por otra Caulaincourt y Ney, en nombre de Napoleón, que lo ratificó en Fontainebleau, otorgaba al ex emperador de los franceses la soberanía de la isla de Elba. A este propósito, decía el tratado: «Escogida por él como lugar de residencia, formará un principado aparte, cuya soberanía y propiedad se le otorgan de por vida.» Además, se le concedían dos millones de francos de renta anual á cargo de la hacienda francesa. El rey de la isla de Elba conservaba la dignidad, título y honores propios de las testas coronadas, pero quedaba considerado como extranjero en Francia. Los que le acompañaran y no se restituyeran á la patria en el término de tres años, perderían la condición de ciudadanos franceses. (Artículo XVIII del Tratado.)

El 20 de Abril, después de acabar apresuradamente el arreglo de sus negocios y de despedirse con cariñoso abrazo del general Petit y de la bandera de la Guardia en el patio del Caballo blanco, salió Napoleón de Fontainebleau, entre once y doce de la mañana, en una especie de calesa ó berlina con tiro de viaje, que tomó la dirección del Mediterráneo. Otros trece coches y sesenta caballos de camino conducían tras él al gran mariscal Bertrand y al general Drouot, que le acompañaban en su suerte, y al coronel Jerzmanowski, comandante de los polacos imperiales, al tesorero Peyrusse, un médico, un farmacéutico, el secretario Rathery, el señor de Colin, despensero mayor, dos despenseros, dos ayudas de cámara, dos cocineros, un veterinario, seis criados de escalera abajo y cuatro comisarios extranjeros con sus ayudantes de campo, conviene á saber: por Austria, el mariscal Koller; por Rusia, el general Schuwaloff; por Prusia, el general Waldburg-Truchsess, y por Inglaterra, el coronel sir Neil Campbell, encargados de vigilar y defender, si preciso fuera, contra todo ataque ó insulto al emperador

caído, á quien debían acompañar hasta Saint-Tropez, en donde se embarcaría para la isla de Elba. Unos 1.200 ó 1.500 jinetes de la Guardia habían de formar la escolta (art. XV del Tratado), pero los cazadores de Lefebvre-Desnoëttes no pasaron más allá de Nevers; y desde Roanne (en el trecho de Nevers á Roanne no hubo escolta) en adelante, se escalonaron á lo largo del camino varios destacamentos de cosacos y de húsares austriacos.

Al advertir el Emperador el mal efecto que en las poblaciones del tránsito producían las tropas extranjeras, protestó contra su presencia diciendo que ninguna necesidad tenía de que le protegieran, pues los franceses continuaban amándole. Pronto iba á convencerse de lo contrario.

Las aclamaciones y muestras de respeto cesaron poco después de pasar de Lyon, y á medida que se acercaba á las provincias meridionales, veía el Emperador escarapelas blancas en los sombreros de los hombres y las ciudades y aldeas iluminadas para celebrar la Restauración. La hostilidad del pueblo fué creciendo hasta el punto de amenazar la seguridad personal del Emperador. En Aviñón le cerraron el paso partidas armadas y fué necesario que intervinieran los comisarios extranjeros para apresurar el relevo (pues la marcha no paraba ni de día ni de noche), que se efectuó en el arrabal de la ciudad, mientras el populacho gritaba: «¡Muera el tirano! ¡Muera Nicolás! (1) ¡Abajo la muerte!»

En Orgón estaban los vecinos ahorcando, en efigie, al Emperador cuando llegó la comitiva. Un pelele embadurnado de sangre, proporcionada por el carnicero, con un cartelón al cuello en el que se leía: BONAPARTE, se balanceaba en el extremo de una soga, pendiente de un árbol de la plaza pública. Al saber que el mismo Bonaparte en persona llegaba tan á punto, la multitud destrozó á palos y pedradas los vidrios del coche, forzándole á presenciar la quema de su efigie con que terminó la ceremonia entre los aplausos y aullidos del populacho.

A duras penas pudo salir de Orgón, y para evitar que un miserable le quitase en cualquier recodo del camino una vida que en tantos campos de batalla había respetado la muerte, se puso la librea de uno de los correos que iban delante de los equipajes y ocupó su sitio en la comitiva.

Disfrazado con el traje azul y sombrero redondo de los correos de gabinete, y galopando en la delantera para mejor esquivar toda sospecha, llegó Napoleón por la noche á la hostería de la Calada, cerca de Aix, destrozados los vestidos, las piernas ensangrentadas por el roce de la silla y la respiración entrecortada por el huracanado viento que á su alrededor levantaba nubes de polvo. La mujer del hostelero, á la que mandó preparar cena para Su Majestad, preguntóle si su señor le seguía de cerca, añadiendo con furibunda mirada: «Tus facciones no me son desconocidas, amigo mío, y te aconsejo que no te embarques con él, pues de

(1) Nombre vulgar del diablo en el Mediodía de Francia.

seguro les harán beber agua de mar á él y á toda su comitiva. Y harán bien, porque si no, dentro de tres meses los tenemos de vuelta.» En aquel momento acababa la hostelera de afilar un cuchillo en la muela de esmeril é invitó al fingido correo de gabinete á que lo tocara con la punta de los dedos, diciendo: «Mira, está bien afilado. Si alguien quisiera utilizarlo, se lo prestaría de buena gana. De ese modo acabaríamos antes.» Entretanto había llegado la comitiva, y sus acompañantes le vieron cómo, pálido de cólera, derramaba por el suelo, como si fuese veneno, el vino que le habían servido.

Durante la comida, en que no probó bocado, ya fuese por desgana ó bien por temor de que estuviesen envenenados los manjares, se formaron delante de la hostería numerosos grupos que iban bulliciosamente de uno á otro lado. El Emperador examinó la ventana del aposento que daba al campo, pero tenía reja. Por otra parte, fatigado y quejoso de una dolencia de carácter íntimo, no podía montar á caballo, y así pidió prestado un uniforme al general Koller, se lo puso en lugar de la librea de correo, y completó su traje con el kepis y el capote del general Schuwaloff, cuyo ayudante pasó á ocupar el coche imperial, mientras Napoleón subía al del comisario de Austria, á quien dijo: «Poneos á cantar.»— «Señor, no sé cantar,»—respondió el comisario.— «Pues bien, silbad,»—replicó el Emperador. Y así salió de la hostería á las doce y media de la noche sin que nadie le reconociese.

Antes de pasar por Aix, los comisarios extranjeros escribieron al alcalde, invitándole á proteger la marcha del Emperador. Al efecto, se tomaron rigurosas providencias de policía, de modo que no pudieran acercarse las turbas. Pasaron por Saint-Maximin con cautelosas precauciones, bajo la salvaguardia de doce gendarmes de á caballo que abrían marcha. El 26 de Abril, á las cuatro de la tarde, llegaron á Luc.

El Emperador fué al inmediato castillo de Bouillidou, en donde estaba enferma y generosamente hospedada su hermana Paulina, quien quedó sorprendida de verle con uniforme austriaco y no quiso abrazarle hasta que se lo hubo quitado. Entonces prometió ir á reunirse con él en la isla de Elba. Napoleón durmió en el castillo.

El 27 al amanecer reanudó el viaje, pero en vez de dirigirse á Saint-Tropez se ladeó hacia Frejus, por haberle avisado que el camino estaba mejor por aquella parte. Allí encontraron á las tropas de los aliados que ocupaban toda la comarca. Dos escuadrones de húsares austriacos cubrían la carretera y por entre ellos pasó el Emperador como en una revista, hundido en el fondo del coche para ocultar su sonrojo. A las nueve de la mañana, siete días después de haber salido de Fontainebleau, extendióse el mar ante sus ojos.

Estaba acordado que el Emperador encontraría una corbeta fletada por el gobierno francés para transportarle á la isla de Elba, en donde el buque quedaría de su propiedad personal (art. XVI del Tratado); pero sólo vieron en la rada la